

ANGUELOS SIKELIANOS Y SU POEMA «LA MARCHA DEL ESPIRITU»

Esperanza Ducay
Zaragoza

I. La luz en el estilo de Sikelianós.

En la edición de las poesías completas de Angelos Sikelianós, publicada bajo el título de *Liricós Víos*, aparece, en último lugar, la *Marcha del Espíritu*, compuesta en 1948, en plena guerra civil y cuando ya declinaba la salud del poeta que murió en 1951.

Es este bellissimo poema una ensordecedora orquestación donde resuenan los grandes temas solómicos —raza, libertad, poesía...— en medio de un continuo uso de imágenes centelleantes, tan frecuente en la obra del poeta de Léucade, que él mismo puede preguntar, admirado:

*¿Me diste, madre, fuego de tus pechos,
y por corazón tengo una estrella?*

La luz, el mar y su isla —la naturaleza dulcísima del Heptaneso, la tierra de Alcínoo y de Odiseo— permanecieron desde la infancia dentro de su sensibilidad y afloran en su poesía como nota recurrente en una sinfonía.

"Ya pasé —dice con símbolos de mar y de islas— toda la odisea de la búsqueda y de la inquietud y ahora mi obra se yergue como isla inmóvil en el movido piélego; ya eché el ancla en el hermoso litoral..." como se puede leer en el *Simposio* de Nikos Casantsakis, compuesto en 1921 y publicado, después de su muerte, en 1971.

Son palabras que pone en boca de Sikelianós el autor de la grandiosa *Odisea*, al que, en su afán de hallar un sentido a la aventura humana, sólo, quizá, la imagen literaria de navegación y océano puede ofrecer

menguada respuesta "...una línea somos ... una sílaba ... de una gigantesca Odisea..." —Nicos Casantsakis, *Ascética*, Atenas 1971, p. 44— y, más adelante, "debemos construir, dice, a Itaca en nuestras entrañas. Como una isla se levanta la obra del hombre en medio del océano de lo inexistente..." Pero, no por repetida, deja la imagen de ser aquí acertada; la obra de arte, inmovilizada como algo logrado y destinado a la quietud eterna, bien podría aparecer así como una isla que permanece firme entre el movimiento rítmico y sosegado de las aguas que la rodean —"blanquísimo mar tranquilo", *Alafroískiotos*, l. 572— y que, sólo de vez en cuando, se agitan, al poeta crecido junto a las arenas del Jónico y a sus plácidas ondas.

Y, ante todo, la luz. La luz penetra en él e inunda sus versos; con ella ilumina su fantasía *rastrojos y guijarros, tanto que los guijarros parecían piedras preciosas y los rastrojos ... como lirios de los jardines ...* en *Liricós Víos, En el campo solitario, junto a Salamina*, vv. 31-34.

Puede proceder —¿sabe él mismo de dónde, si, herido por ella, se pregunta: *¿De dónde viene este esplendor a mi alrededor y en lo profundo de mí, que no parece que provenga de ninguna estrella?* de L. V., id. vv. 27-29?— de la claridad de la luna cuando *como el Espíritu Santo iluminaba desde lo alto, en la playa, las lenguas de espuma, que cabalgaban, deslumbradoras sobre las rocas...* (L. V. *In Memoriam de Papadiamandis*, vv. 3-7). Pero, sobre todo, de la brillantez cegadora del sol —*Me parecía que el sol, dice, conforme se ponía, entraba en mi corazón con tanto empuje, como por una brecha repentina entra la ola en un barco que, al punto, se hunde...* (L. V. *Vía sacra*, vv. 2-6). De ese sol que, en su ocaso, enciende en púrpura el "escarpado promontorio de Léucade, bañado por las olas jonias, Icaro de lejos a los navegantes..." —A. P. VI, 251— en el que Apolo tiene vigilante sede, mítico remedio para curar amores, —"puesto que ardes en amores no correspondidos ... dirígete a las alturas de Léucade y no temas saltar desde lo alto de la roca..."—, *Ov. Her.* v.v 171-172—, de ese sol que, en la hora mágica del crepúsculo, inflama las nubes y hace incandescente el acantilado que la leyenda quiso unir al nombre de Safo, irradia la luz que se hace en Anguelos Sikelianós —"en lo profundo de sí mismo"— sangre encendida y palabra luminosa.

II. El poeta.

Anguelos Sikelianós, que es, desde Cavafis, el mayor poeta de la Grecia moderna y uno de los mayores de Europa, nació en Léucade en 1884. Imbuido, desde niño, de la tradición poética del Heptaneso, fue el mejor representante de la escuela jonia, fundada por Solomós (1798-1857), de Zante, el "poeta nacional" y representada por personalidades tan destacadas como Aristóteles Valaoritris, también de Léucade y Andreas Calvos —"alma hermana de Píndaro" le llama Sikelianós— también de Zante.

Con la idea de que los románticos habían sido los primeros en forjar y que continuará vigente entre los simbolistas de comienzos de siglo, creen en la altísima misión del poeta, misión que deben llevar a cumplimiento por medio de su facultad creadora y apoyada en el uso de la lengua demótica, arma primordial para lograr el resurgir de su pueblo y ayudarlo a llegar a un renacimiento espiritual y socio-político, sosteniendo en la afirmación de la *Kiní laiki*, único enlace capaz, para todos ellos, no sólo de provocar emociones artísticas, sino de transmitir al pueblo un mensaje, una proclama que comunique el acervo espiritual de la raza renovada; que fuera, como decía Sikelianós de la poesía de Solomós, "un pregón, no sólo racial ... sino también, con una mayor amplitud, humano ..."

Dentro de esa tradición, comienza a componer sus primeras poesías, influido, como corresponde su época, por los pensadores de la llamada comunmente corriente vitalista: Nietzsche, Bergson, W. James...; pero fue sobre todo D'Annunzio, muy influido a su vez por Nietzsche, quien con su poema *Laus vitae* había de inspirarle la obra que lo consagró: el *Alafroískiotos*, el *Visionario*, "exaltación del mundo recién creado y apoteosis del hombre ingenuo ... podríamos decir del propio poeta ..." —P. Prevelakis, *A. Sikelianós*. Atenas. 1984—. Porque, en la persona del *Visionario*, es el mismo poeta el que habla —quizá por eso dirá de él Casantsakis: "veía de lejos y entre sombras ... pensaba en imágenes ..."—, el que expresa sus pensamientos acerca del mundo que ve al volver a su isla como metempsicosis de un antiguo efebo. Sea como quiera, la gente de Léucade llamó ya siempre a Sikelianós el *Alafroískiotos*. Con ella había compuesto "un poema maravilloso; atmósfera poética, lengua, armonía mágica ..." —N. Casantsakis, *Anaforá*. Atenas. 1961, p. 229.

Aparte de sus hermosísimas composiciones líricas, dejó también

teatro y obras en prosa. Pero el poeta había nacido para la lírica, "era, dice de él Casantsakis, del género de las águilas. Al primer batir de sus alas llegaba a la cumbre..."

Su conocido proyecto de organizar, con su esposa, la americana Eva Palmer, unas fiestas periódicas en Delfos encuadra muy bien dentro de la idea de que el poeta no puede limitarse a la creación artística, desinteresándose del destino de su pueblo, sino que debe ser un *mistagógs* que se esfuerce por llevarlo al encuentro con su verdad, con sus propias raíces, y, con ello, a la felicidad.

Porque había llegado el momento en que el pueblo griego necesitaba cobrar nuevos ánimos; las guerras balcánicas (1912-1913) habían terminado con la satisfacción del tratado de Bucarest, pero, diez años más tarde, la política de Mustafá Kemal, el futuro de Atatürk, arruinó los sueños griegos de reconquistar Constantinopla y convirtió en una ilusión vana el grito, desde cien años antes popularizado "¡De nuevo con los tiempos, con los años, de nuevo ha de ser nuestra!" La *polis*, "la gran ramera", continuó entregada al turco. Siguió a eso el penoso intercambio de poblaciones y el abandono por los griegos de la región de Esmirna, cuya administración habían obtenido al final de la primera guerra mundial.

Sikelianós tenía 39 años y una idea mística de los problemas de su patria y de sus soluciones. *Pensó que en la rocas eternas ... de donde, con parloteo de perdiz, desciende el fluir de la fuente Castalia ...* (L.V. *La danza de Píndaro*, v. 15-18) pondría a los griegos, a modo de religiosa *incubatio*, en renovado contacto con el pasado. Centro de las fiestas sería la representación de *Prometeo encadenado*, en versión neohelénica, acompañada de juegos atléticos en el antiguo estadio, cantos y danzas populares... en una palabra todo lo que podía despertar la conciencia de la raza.

Las primeras tuvieron lugar en 1927. Las segundas en 1930. No hallaron el eco que el poeta esperaba y dejaron de celebrarse, por motivos económicos, en 1936.

Había comenzado Sikelianós a soñar con ese proyecto, "la idea delfica", en 1924, diez años después de haber conocido en Atenas al otro gran escritor de su tiempo el cretense N. Casantsakis. Los unió, al punto, una amistad tan íntima que constituye un capítulo importante en sus biografías; los nuevos Dioscuros —así los llamó Prevelakis, *Tetradio Evcinis*, nº 3— se reconocieron inmediatamente como

hermanos. Más tarde, en 1919, un poema de Sikelianós recordará y celebrará el encuentro: *Bendita la hora*, comienza poniendo los primeros versos en boca de su amigo, *en que compartimos, como pan, la felicidad del cielo estrellado*. —*Bendita y tres veces bendita*, sigue ahora el poeta, *cuando de lejos vi que ya tu corazón dominaba la cima... Como águilas ... como águilas que juegan ... nuestro espíritu eligió el sagrado camino —nunca el mismo— hacia la divina libertad*.

Nunca el mismo camino ... "Tanto diferíamos entre nosotros, dice Casantsakis en *Anaforá*, Atenas, 1961, p. 230, que adivinamos enseguida que, entre los dos, constituíamos un hombre completo...". Y más adelante: "Nuestra gran diferencia ... es ésta: tú piensas que has encontrado la liberación y te sientes liberado; yo pienso que no existe liberación y, pensándolo, me libero". Otras cosas les unían: la fe en la lengua y en su misión como poetas, creer que el objeto de su vida era la inmortalidad y su ansia, apoyada en certeza, de "divina libertad"; "que jamás reconozcas los límites del hombre! —Casantsakis, *Ascética*. Atenas. 1971, p. 17— Rompe los límites!".

Poco después de conocerse, iniciaron, en su inquietud espiritual, una visita, que se prolongó cuarenta días, a los monasterios de Monte Atos, de la que ambos dejaron un diario. Su extraordinario espíritu lírico había convertido a Sikelianós más propenso a la entrega a los valores religiosos. Casantsakis —quizá menos "visionario" y más crítico— no logró hallar el sosiego que había ido buscando entre los *ayioritas*. Sus prolongadas ausencias —Suiza, Alemania...— y su obligaciones oficiales —Salónica, Cáucaso...— hicieron que la amistad continuara cultivándose por correspondencia mientras sus caminos debieron separarse. Hacían, no obstante, de vez en cuando, proyectos comunes: una viaje a Rusia, donde pensaron encontrar la tan ansiada por ellos libertad del hombre, e incluso, la fundación de un monasterio —"donde hablaremos de Dios, de nuestra alma y del alma del mundo..."— en las alturas del Pentélico. Era una utopía y, como tal, no llegó a realizarse.

Pero, en lo que nunca coincidieron fue en la idea delfica. Se cruzaron varias cartas, en 1924, acerca del tema sin que Sikelianós lograr atraer a ella a su amigo. Cuando debió renunciar a su sueño delfico, el poeta volvió a su labor literaria.

Comenzada, tres años después, la segunda guerra mundial, puede decirse que había de morir sin llegar a ver su patria en paz. La ocupación alemana, que ocasionó tan grandes sufrimientos, terminó, para el poeta, con las grandes esperanzas

*...Porque, rasgando el sudario,
sale, ya de su tumba,
Grecia resucitada
empuñando una espada nueva y fuerte...
Tocando el cielo
con ella, grabará*

*...
el nuevo Decálogo;
nosotros, para guardar las nuevas Tablas
haremos todos juntos,
con nuestras manos aún heridas,
un Arca nueva ...*

soñaba en *L.V. Libertad de 1844*, vv. 5-16.

La espada volvió, ciertamente, a ser empuñada por las manos todavía heridas; en otro poema, compuesto poco después, podemos leer estas patéticas palabras de labios de *la madre eterna que llamamos Grecia*:

*¡Ay! ¿Cómo soportaron esto nuestros hijos?
¡Que hermanos maten a hermanos!
¡Que mis hijos maten a mis hijos!*

La guerra civil terminó en 1949, cuando la Unión Soviética dejó de ayudar a los guerrilleros.

Justamente entonces el poeta, ya enfermo, fue propuesto para premio Nobel de Literatura ante la Academia Sueca. El premio recayó, finalmente, en Herman Hesse.

Murió en 1951. En el modesto cuarto de trabajo de su casa de Atenas fue expuesto su cadáver debajo de una reproducción de la Sibila de Miguel Angel que siempre había adornado su pared.

Si los "Dioscuros" habían interrumpido algunos años su fraternal comunicación, no porque se hubieran separado sus caminos había desaparecido la profunda hermandad que los unía. "Nunca —dice Casantsakis en carta al profesor Prevalakis— nunca estuvo Anguelos

tan cerca de mí como en estos días ... Para algunos hombres la muerte es inimaginable..."

III. El poema.

La *Marcha del Espíritu*, compuesta después de cuatro años de guerra civil, es un grito de esperanza y una exhortación al trabajo hermanado, sobre un trasfondo místico entretelado, el filón milenarista del pensamiento de Heráclito que emerge, en el momento cimero del poema, de labios del propio poeta convertido en profeta inspirado. Como ya cien años antes proclamaba Victor Hugo, los pueblos deben "escuchar al poeta, el sagrado adivino..."

El poema tiene una estructura, diríase piramidal, en la que los cincuenta primeros versos y los veintitrés últimos —que suplen su menor número con referencias a lo ya dicho— convergen en la cúspide de la pirámide: el momento de exaltación, la profecía; motivo central de la composición es una visión adivinatoria, concedida al poeta mismo, que anuncia la llegada de un orden nuevo que ha de traer, por fin, paz y prosperidad: un *magnus ... seclorum ordo ...* Esta revelación va precedida y seguida por una dramática alegoría en la que poeta, sintiendo próximo el renacer, pide a sus hermanos que ayuden al sol a levantarse sobre Grecia y el mundo; porque *las ruedas de su carro están atascadas en el barro y la sangre llega hasta su eje... y el sol, hermanos, no puede levantar solo...*

A todo ese núcleo, centro y vértice de la composición, se llega por una primera parte con la que empalman los últimos versos que cierran el poema y que son —obertura y acorde final— un bellissimo fresco trágico, lleno de luz, que proviene del uso continuado de conceptos que ponen ante nuestros ojos el fuego y su resplandor: tizón, hogar, cobre bruñido, el recuerdo de Heráclito, pira, antorcha encendida... y el sol, que, como reflejo del fuego, precede inmediatamente a la visión adivinatoria.

Esa radiante ambientación, con uso escalonado de los conceptos luminosos, lleva *in crescendo* al poeta a ver la realidad inmutable, al contacto con el ser original y culmina en la revelación del fuego primordial y divino: el Logos renovado.

Además de la luz, siempre presente en la obra de Sikelianós, otra característica a observar en el poema es la relación con el tiempo; todo él es una evasión del tiempo; el poeta se mueve entre un pasado

inexistente, imaginado, no recordado y un presente que no es sino anuncio del futuro. Y, en tercer lugar, el uso, también frecuente en su poesía, de una simbología religiosa; ese pasado inexistente es la figura del viaje místico del hombre, a través de un camino que recuerda al de la iniciación mística, hasta llegar a la epoptía, la revelación que se concede al final del penoso tránsito.

*Cuando arrojé el último tizón al hogar,
-el tizón de mi vida encerrada entre los límites del
tiempo-
al ara de tu nueva Libertad, Grecia...*

comienza el poema con el primer paso del ritual, la muerte simbólica; porque la vida del poeta estaba, como la de Meleagro, en ese tizón y con él va a consumirse. Es el antiquísimo motivo folklórico —lo que Frazer llama "alma externada" y Vernant "doble o alma exterior"— se introduce, sin embargo, una idea nueva, de simpre vieja en el corazón del poeta: la misión que cree tener encomendada de iluminar, aun a costa de penas propias o incluso del sacrificio de la propia vida, a la masa inerte de la humanidad; el tizón, su vida, arrojado al fuego por él mismo, que no por argucia o venganza de extraños, parece significar un doble tipo heroico: un Meleagro-Prometeo.

Con la llamarada que produce al prenderse el tizón *quedó deslumbrada*, dice, *toda mi alma*; como si todo el espacio fuera cobre bruñido, como si a su alrededor se hicieran atmósfera los pensamientos que, para la Eternidad, forjaba Heráclito... Toda su mente se inflamó, continuaba, en ideas graciosas, *como nubes de fuego o islas que una mítica puesta de sol hizo de púrpura* porque su alma entera ardía al pensar que la nueva Libertad que se acercaba para Grecia... Por eso no pensó que fuera aquella la luz de su pira fúnebre, sino que *soy, gritó, antorcha de tu historia* y, en ella convertido, debe iluminar, él mismo todo llama, hasta su última hora, todos los rincones de la Ecúmene *abriendo camino a tu alma, a tu espíritu, Grecia...*

Así ofrenda a Grecia y al mundo la luz del fuego que abrasa su cuerpo cuyo chispear mide lo que resta de su vida "encerrada entre los

límites del tiempo", esta vida a la que el Tiempo pone límites cuya posible transgresión es preocupación frecuente en la obra de Sikelianós. *Yo me sentía*, dice en uno de sus poemas, *arrastrando lejos del tiempo, fuera del tiempo, de las formas cerradas del tiempo... o como si estuvieran a mis pies las cadenas del tiempo y el espacio... Sólo así sería el tiempo un gozoso "siempre" sin magnitudes temporales, indistinto e infinito; y el tiempo, ¿dónde está?*, dice en otro como liberado al fin, *una brisa ligera se lo ha llevado... Estos pinos existen desde siempre, como el perfume eterno del tomillo nuevo...*

Después de haber entrado en la noche de la muerte, primer paso del difícil rito, es preciso cumplir el segundo: recorrer el escarpado camino solitario y afrontar sus visiones amedrentadoras, dura prueba que ha de permitir al hombre, purificado y renacido, obtener la revelación.

Y, soportando el dolor de su hígado mordido por el fuego, *caminé, dice, hasta tu Cáucaso, Grecia*, sin saber si cada paso que daba era el primero o era el último; porque su pie desnudo se sumergía en un pozo de sangre de su pueblo; porque su pie desnudo tropezaba en cadáveres de hermanos; porque toda su imagen se reflejaba, como en un espejo, en un estanque rojo de sangre roja ...

Así, con las referencias a cadáveres y sangre, hace de todo el viaje una gran metáfora de la situación histórica de Grecia. "Por medio de metáforas —es opinión de Bergson— el que escribe puede llevar al lector a que verifique lo que el autor ha verificado antes que él... A la verdad, algo movedizo y fluyente... no se puede llegar por medio de definiciones..." Porque el Cáucaso hacia el que, eterno Prometeo, caminaba, era entonces el Cáucaso de los no terminados sufrimientos de Grecia.

Las desesperanzadas visiones van desapareciendo para dar paso al momento del gozoso renacer y con él de la obtención de la visión, momento final del ritual iniciático.

Ya su imagen, reflejada en la sangre, se le antoja haber cobrado nuevo cuerpo; un nuevo Adán se creía hecho de barro rojo de aquella tierra ensangrentada... Un nuevo corazón siente en su pecho y con él grita a los hermanos todos:

*Adelante! Ayudad a que levantemos el sol sobre Grecia!
Adelante! Ayudad a que lo levantemos sobre el mundo!
Porque, ya veis, su rueda se atascó, muy hondo en el
barro!
Y, ya veis, quedó su eje sumergido en la sangre!
Adelante, hermanos, el sol no puede levantarse solo...*

Y, como profeta vidente que necesita hallarse en estado de éxtasis para anunciar lo oculto, continúa, sintiéndose ya envuelto en la luz de ese sol que anuncia la inmediata proximidad de la visión adivinatoria:

*ya está sobre mí y dentro de mí y a mi alrededor
y giro en un sagrado vértigo con él ...
sonoras armonías nunca oídas me envuelven
...
Se acerca el nuevo Logos que todo ha de bañar lo
en su llama nueva...*

Ese Logos llameante, él mismo todo fuego ¿no será aquél con cuyo nombre definió Heráclito la regularización en los cambios de las cosas? "A esa *nomotelia*, dice G. Kordatos, (en *Historia de la Filosofía griega antigua*, Atenas, 1976, p. 86) la llamó Logos y la consideró idéntica al fuego mismo y al principio *noético* que rige a todo el devenir cósmico". Mientras el Logos no se independice de la unidad evolutiva, un Logos nuevo es necesariamente un ciclo nuevo en esa evolución; en la esperanza del poeta un *magnus... saeculorum orda*.

Después del momento de la revelación —cifra y vértice del poema— una nueva mención de cadáveres y sangre sigue describiendo la geometría piramidal del poema:

*Ya se abonó bastante nuestra tierra con carne de
hombre!
Crasos y fértiles, no dejemos que nuestros campos
se sequen después de este baño profundo de sangre,
más rico y penetrante que lluvia de otoño!
que venga mañana cada uno de nosotros con doce pares de
bueyes*

a labrar esta tierra ensangrentada...

para terminar repitiendo los versos del comienzo: *Cuando arrojé el último tizón de mi vida al hogar ... así os grité hermanos.*

IV. "Il miglior fabbro del parlar materno".

A Sikelianós le va bien, como dice Prevelakis en *A. Sikelianós* Atenas. 1984, la frase que Polilás aplica a Solomós: "con minuciosa sensibilidad cogió de la boca del pueblo el espíritu del habla viva en aquellas frases que dejan pasar inobservadas cuantos no tuvieron la suerte de tener ese rarísimo carisma y la bautizó, como él dice, en la doble pila de la delicadeza y de la fantasía".

Con una sensibilidad exquisita, engarza, como orfebre insuperable de la lengua, cada palabra tomada de la boca del pueblo de forma nueva y como sólo puede hacerlo un artista que juega a verter ideas en el molde de la lengua de la manera que más realce su brillo y encarezca su valía.

Con la prodigiosa habilidad de un prestidigitador, construye con ella preciosas metáforas: *las liras del viento, el gran mar de la libertad*; nos baña en la naturaleza, cuyo sentido místico se adueña de él, penetra en él, *ay! cómo se oía el estrépito del mar sobre las rocas en el primer amanecer!, rojas pinceladas entre los sembrados, deslumbran las amapolas; suave, el hálito del viento, ondula los sembrados...*; pone ante nuestros ojos imágenes cautivadoras: *corona de rosas rojas era la fiebre, negro océano estrellado de la noche, rosas gigantescas el Dodecaneso...* o ideas sorprendentes: *las golondrinas de la muerte te anuncian, Grecia, una nueva primavera...*

"Il miglior fabbro del parlar materno" la llama Casantsakis en la dedicatoria de su traducción de la Divina Comedia, ya después de la muerte del poeta; y él también era consciente de ello: "sabían, dice en *L.Y. Banquete fúnebre griego*, vv. 3-5, que la vena de mis palabras hervía como río de fuego..."